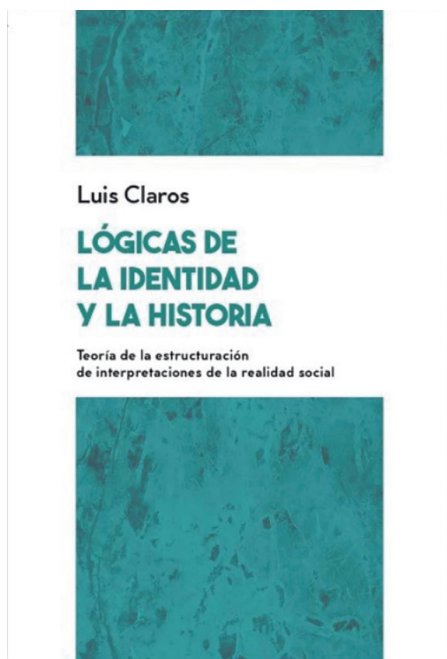


Lógicas de la identidad y la historia. Teoría de la estructuración de interpretaciones de la realidad

Claros, Luis (2022). *Lógicas de la identidad y la historia. Teoría de la estructuración de interpretaciones de la realidad*. La Paz: CIDES-UMSA / Plural editores



¿Qué es el mundo social? Si las respuestas clásicas a esta pregunta apuntaban a algún modelo de tipo estático (base y superestructura, sociedad civil y sociedad política, etc.), actualmente predominan las representaciones

dinámicas: vemos al mundo social como un flujo continuo e incesante. Este cambio epistemológico se corresponde con una nueva ontología: para las ciencias sociales, el mundo social (sea o no material; esta es una cuestión que ya no está en debate) solo se constituye para nosotros en el lenguaje: es un mundo de discursos.

Ahora bien, si percibimos la sociedad como una corriente multitudinaria de discursos, esto es, de signos, nuestra aproximación a la misma necesita ser semiológica, bajo la guía de los teóricos estructuralistas y posestructuralistas, o de los filósofos analíticos del lenguaje u, otra opción, de los sociólogos de la comunicación. Luis Claros escoge el primero de estos caminos en su libro *Lógicas de la identidad y la historia*, en el que intenta establecer una teoría operativa para su investigación de historia intelectual sobre *Identidades e historias en el nacionalismo revolucionario y el indianismo*, que apareció como libro independiente junto con el volumen que estamos reseñando; Su subtítulo reza: “Análisis de la estructuración de interpretaciones de la realidad social en Bolivia”. Teoría en el primero, entonces, y análisis en el segundo. Ambos formaban parte de la tesis doctoral de su autor.

Claros comienza con Saussure, sigue con Greimas y Barthes y remata, ya en vena política, con Laclau, Mouffe y Butler. Vamos a resumir al máximo su argumento. La lingüística saussureana nos enseña que el valor de los signos no proviene de su contenido, ya que estos son esencialmente formales. No hay nada en “vaca” que conduzca necesariamente a la mente hacia un animal que tiene cuernos y produce leche. Esta significación es convencional. Otros pueden convenir la palabra “*cow*” para designar al mismo animal. El valor de los signos, entonces, depende del código en el que están inscritos, es decir, de su pertenencia a un sistema de relaciones. Nada de ello reviste ningún misterio. Ahora bien, el carácter formal-relacional de los signos se incrementa si pasamos de la lingüística a la semiología general. Cuando no solo se trata de palabras, sino de discursos (y también, en extremo, de signos no verbales) se forman cadenas diferenciales (es decir, aquellas en las que un signo significa por su diferencia con los otros) y cadenas equivalenciales (aquellas en las que varios signos se alían entre sí a causa de su oposición a un significado antagónico), las cuales son infinitas. Así se erige en toda su plenitud la imagen de un flujo incesante y polimórfico como imagen de la

sociedad. Los lenguajes (que no solo son verbales) viven vertiginosamente una vida en permanente ebullición. ¿Cómo interpretar tal maremágnum? ¿Cómo hacer ciencias sociales? Claros se pregunta esto mismo de la siguiente manera: ¿cómo determinar el sentido? Por ejemplo, ¿el sentido de los individuos que se mueven simultánea y frenéticamente en grupos (identidades) o el sentido del transcurrir del tiempo, por definición inestable y discontinuo (historias)?

Laclau lo explica de esta forma: ya que, como enseña Saussure, la significación depende de las relaciones dentro de un sistema, resulta crucial determinar los límites de este sistema. Sin estos límites, la significación sería infinita y lo sería también, por tanto, la interpretación. De este modo, no podría haber ni praxis ni ciencias sociales. Entonces, ¿qué establece los límites a la interpretación y hace emerger el sentido? Para la corriente que prefiero, los límites los establece una realidad extralingüística que existe, aunque no podamos hablar de ella más que como eso: como un límite (Eco, 1998). No es posible interpretar las ecuaciones que se necesitan para viajar a la luna más que dentro de un código matemático cuyos límites están establecidos por el hecho de que, fuera de él, o sin tomarlo en cuenta, los viajes a la luna resultan fallidos. Claros probablemente piense que esta realidad extralingüística es metafísica. Siguiendo al posestructuralismo, él prefiere que los sistemas semióticos no sean heterónomos, es decir, que no dependan de alguna otra cosa que los determine desde fuera (como, por ejemplo, la “base material” defendida por el marxismo).

Por eso, en su libro habla del significante y el significado, pero no del tercer elemento del signo: el referente. Tal es la deriva principal del “giro lingüístico” de la filosofía contemporánea. Aún así, los sistemas necesitan límites, como hemos dicho. Y, entonces, ¿qué los provee? Se puede pensar en unos signos o, mejor decirlo así, en unos discursos que excluyan completamente a otros, para así cortar la línea infinita de la interpretación. Esta exclusión establece, como es obvio, el interior y el exterior de un sistema. En el interior sigue habiendo diferenciación entre signos; pese a ella, estos signos forman una cadena equivalencial (una coalición) respecto al exterior creado por la exclusión; es decir, forman parte de un sistema (o una “estructura”, como preferiría Claros) con un sentido. Todos los

signos involucrados en esta estructura se “alían” entre sí, pese a sus íntimas diferencias, para oponerse a un exterior que es otro. Ese otro, dice Claros de una manera discutible pero elocuente, es, si se lo considera desde dentro de la estructura, “lo abyecto”. Generaliza así un adjetivo usado por Butler en su teoría de los géneros. Para el sistema dominante de relaciones sexuales, señala Butler, la homosexualidad es lo radicalmente exterior, lo excluyente, lo abyecto. Frente a la homosexualidad (debe ser siempre “frente a” y nunca “en combinación con”), las distinciones significativas propias de las relaciones sexuales pierden sus matices significativos y se confunden en un mismo antagonismo: lo “normal” versus lo “anormal”. Y esto consigue dibujar los límites del sistema. La línea demarcatoria está basada, como se ve, en el antagonismo y es radical. La provee la teoría posmarxista de Laclau y Mouffe. Y la complementa el “abyecto” de Butler. En mi opinión, tal tajo demarcatorio se aplica con más naturalidad a las identidades, como hetero versus homo, pero cuesta más usarlo para delimitar estructuras históricas (es decir, como plantea Claros, cristalizaciones espaciales del tiempo, ya que, para poder pensar el tiempo, el ser humano debe poder transformarlo en una figura espacial; esto es, debe volver diacrónico lo sincrónico).

A mi juicio, las estructuras históricas encuentran sus límites más en su coherencia interna, esto es, en la inclusión, que en su antagonismo con un determinado afuera. Una vez que se sabe qué le da sentido a una estructura de signos, qué cisuras la separan de las demás estructuras con las que ya no puede confundirse; esto es, una vez que se tiene las unidades discretas de toda interpretación, queda por ver los niveles de articulación interna de cada una de estas unidades. En otras palabras, cuando ya se ha aislado y extraído un sistema con sentido del magma preexistente de los signos, toca describir cómo opera este sistema (no digamos “cómo funciona” para no deslizarnos hacia otro paradigma epistemológico diferente). En esta parte, Claros hace detalladas tipologías de ¿las estructuras identitarias e históricas mismas o de las teorías sobre estas estructuras? No lo sabemos claramente porque uno de los problemas de la preconizada interdicción de las entidades extralingüísticas reside, justamente, en que, con ella, las estructuras solo resultan accesibles estando inmersas en interpretaciones.

Las estructuras “en sí mismas” no existen; se consideran, ya lo sabemos, ilusiones metafísicas. Demos un ejemplo. No existe la identidad “cholo” en sí misma, sino que esta identidad emerge de las interpretaciones teóricas de los grupos sociales, interpretaciones que pueden ser, por ejemplo, esencialistas (los significantes de “cholo” son corporales y por tanto inmodificables), formalistas (los significantes son culturales y por tanto fácilmente alterables) o una combinación de ambas posibilidades (los significantes de “cholo” son corpóreo-culturales, alguien los puede cambiar, pero no le será fácil). Aquí surge la cuestión de cuál interpretación –y, por tanto, cuál estructura– es más “verdadera” que otra, pero esta cuestión también es metafísica para el posestructuralismo. Puesto que no hay una realidad extralingüística con la cual compararlas, las interpretaciones no se valoran como verdaderas o falsas, sino por otras características como su coherencia, su capacidad de abarcar y articular una mayor cantidad de significaciones o de resolver problemas teóricos, las aporías de otras interpretaciones, etc. Es decir, se evalúan en términos de su “rendimiento” teórico.

El libro de Luis Claros es erudito y también es, pese al carácter abstracto de su tema, bastante claro, lo que connota las conocidas calificaciones pedagógicas de su autor. Destaca como una de las pocas incursiones bolivianas en el campo de la metodología.

*Fernando Molina**

Referencias

Eco, Umberto (1998). *Los límites de la interpretación*. Barcelona: Lumen.

* Periodista y escritor boliviano. Premio Gustavo Rodríguez Ostria de ensayo.